

1º «*Estar a la diestra*» significa que, así como en las cosas humanas atribuimos mayor honra al que está colocado a la derecha, así también Cristo ha obtenido del Padre, en cuanto hombre, una gloria y poder muy superior al de los demás, según aquello del Salmo: «*Dijo el Señor a mi Señor: Siéntate a mi diestra, hasta que ponga a tus enemigos por escabel de tus pies*» (Sal. 109 1); por donde se designa una gloria tan propia y singular de Cristo, que no puede convenir a ninguna otra naturaleza creada, según lo que dice el Apóstol San Pablo: «*¿A qué ángel ha dicho jamás: Siéntate a mi diestra?*» (Heb. 1 13).

2º «*Estar sentado*» no significa aquí la postura del cuerpo, sino que expresa la posesión firme y estable de la regia y suprema potestad y gloria que Cristo recibió del Padre, sobre la cual dice el Apóstol: «*Lo resucitó [el Padre] de entre los muertos y lo colocó a su diestra en los cielos, sobre todo Principado, Potestad, Virtud y Dominación, y sobre todo nombre, por celebrado que sea, no solamente en el siglo presente sino también en el venidero*»; y luego concluye: «*Todas las cosas puso a sus pies*» (Ef. 1 20-22).

3º Consideraciones útiles a los fieles sobre el misterio de la Ascensión.

El Catecismo de Trento, al hacer algunas consideraciones sobre este misterio, señala tres cosas: ante todo, la importancia que reviste la Ascensión de Cristo; luego, sus numerosas conveniencias; finalmente, los múltiples bienes con que Cristo dota a las almas y a su misma Iglesia.

1º **Importancia de la Ascensión de Cristo.** — Pudiera parecer que otros misterios, como la pasión y muerte del Salvador, son más importantes que la Ascensión, y lo son realmente bajo algún aspecto, por ejemplo en orden a nuestra redención; sin embargo, considerada en sí misma, la Ascensión es la cumbre de los misterios de Cristo, y ello por dos razones:

- La primera, porque *todos los demás misterios se refieren a la Ascensión como a su fin*, ya que en ella se cierran y culminan todos los misterios de la vida terrena de nuestro Redentor.

Así como los misterios de nuestra santa Religión tienen su origen en la Encarnación, en que «el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros» (Jn. 1 14), del mismo modo toda la vida terrena de Cristo encuentra su consumación en su admirable Ascensión, en la que, concluido ya el misterio de nuestra redención, el Verbo humanado ve cumplida en su santo cuerpo la petición que hiciera a su Padre: «Padre, yo te he glorificado en la tierra...; glorifícame ahora tú con la gloria que tengo junto a ti antes de que el mundo sea» (Jn. 17 4-5).

- La segunda, porque en la Ascensión, al igual que en la Resurrección, *se manifiesta la gloria infinita y la divina majestad de Cristo*, a diferencia de los demás artículos del Credo sobre Nuestro Señor, que manifiestan más bien su naturaleza humana, y la suma humildad y abatimiento a que quiso someterse para redimirnos a nosotros.

*bres»; porque Cristo, a los diez días, envió a los apóstoles el Espíritu Santo, y con El toda clase de bienes y dones celestiales, cumpliendo así la promesa que les había hecho (Jn. 16 7). • Finalmente, El mismo se presenta ahora ante el acatamiento de Dios, para desempeñar ante el Padre el *oficio de Abogado*, y a fin de ser el Defensor de nuestra causa y el Mediador de nuestra salvación (I Jn. 2 1-2).*

b) Bienes de virtudes: la Ascensión de Cristo: • *aumenta el mérito de nuestra fe*, por ser ésta una virtud que tiene por objeto lo que no se ve; razón por la cual el mismo Señor declara bienaventurados a los que crean sin haber visto (Jn. 20 29); • *arraiga la esperanza en nuestros corazones*, pues, siendo nosotros los miembros de Cristo, nos hace esperar estar un día allí donde ahora está nuestra Cabeza (Jn. 17 24); • *perfecciona nuestra caridad*, al arrebatar nuestro amor hacia el cielo e inflamarlo con su divino Espíritu; razón por la cual convenía que Cristo se fuera (Jn. 16 7), pues si hubiese permanecido en la tierra, nuestro amor se fijaría en su figura y proceder humano, y le estimaría con amor humano; mientras que la Ascensión espiritualizó nuestro amor, haciendo que amemos como Dios a quien ahora sentimos ausente; • finalmente, es para nosotros no sólo el *ejemplar* en que aprendemos a dirigir la vista a lo alto y a subir al cielo con el espíritu, sino que, además, nos *concede la gracia* para llevarlo a la práctica.

c) Bienes a la Iglesia: la misma Iglesia quedó sumamente enriquecida después de la Ascensión de Cristo, ya que: • a partir de entonces empezó a ser gobernada por la virtud y asistencia del Espíritu Santo; • Cristo instituyó a Pedro como *Pastor y Sumo Pontífice* de Ella entre los hombres (Jn. 21 15), dotándola así de una cabeza visible; • y además le dejó a unos como *apóstoles*, a otros como *profetas*, a otros como *evangelistas*, a otros por *pastores y doctores* (I Cor. 12 28), por los que Cristo sigue distribuyendo sus dones.

**La Ascensión de Cristo es nuestra exaltación;
y donde precedió la gloria de la cabeza,
allí está llamada también la esperanza del cuerpo.
Regocijémonos, amadísimos, con gozos dignos,
y alegrémonos con piadosas acciones de gracias,
porque hoy no sólo hemos sido asegurados
como poseedores del paraíso,
sino que en Cristo hemos penetrado
en lo más alto de los cielos,
ganando por la inefable gracia de Cristo
mucho más de lo que habíamos perdido
por la envidia del diablo.**

San León Papa, en los Maitines de la Ascensión